

la mas brillante sociedad de la capital, y en su recinto los coros de música. A la circunferencia del palacio multitud de cañones para acompañar con su estruendo á los acentos de la música y al ruido de los aplausos. Chenier habia compuesto para este dia uno de sus mejores himnos. —Era el 20 de frimario, año VI. (10 de diciembre, 1797.) El Directorio, los funcionarios públicos y todos los asistentes aguardaban con impaciencia al hombre ilustre que muy pocos habian visto. Entró éste acompañado de Talleyrand, porque entonces se felicitaba al negociador. Todos los contemporáneos, admirados de aquella estatura pequeña, de aquel rostro pálido y romano, y de aquella ardiente mirada, nos cuentan aun diariamente el efecto que producía, y la indefinible idea de genio y autoridad que en la imaginacion dejaba. La sensacion fué extraordinaria, pues por todas partes se alzaron unánimes aclamaciones al ver á aquel sencillo personage, ilustrado con su alta fama, gritando, «¡Viva la república! ¡Viva Bonaparte!» Tomó la palabra Mr. de Talleyrand, y en un discurso agudo y conciso procuró recordar la gloria del general, no con respecto á él, sino á la revolucion, á los ejércitos y á la gran nacion. En esto pareció ser condescendiente con la modestia de Bonaparte, y adivinar con su acostumbrado talento cómo queria el héroe que habláran de él en su presencia. Después habló de lo que, segun él decia, *podia llamarse su ambicion*; pero recordando su antigua inclinacion á la sencillez, su amor á las ciencias abstractas, sus lecturas favoritas, y aquel sublime Ossian en que aprendió á separarse de la tierra, dijo que algun dia conveniria acaso procurar arrancarle de su estudioso retiro. Lo que acababa de decir Mr. de Talleyrand lo decian todos, é iba á verse reproducido con motivo de tan gran solemnidad.

dad. Todo el mundo decía y repetía que el jóven general no tenia ambicion; tanto temian que la tuviese. Bonaparte habló después de Mr. de Talleyrand, y pronunció con tono firme las frases sueltas siguientes:

«Ciudadanos:

»El pueblo francés tenia que combatir á los reyes para ser libre.

»Tenia que vencer diez y ocho siglos de preocupaciones para lograr una Constitucion apoyada en la razon: la Constitucion del año III.: habeis triunfado de todos estos obstáculos.

»La Religion, el feudalismo y el trono hace veinte siglos que han gobernado sucesivamente la Europa; pero la era de los gobiernos representativos se cuenta desde la paz que acabais de concluir.

»Habeis logrado organizar *la gran nacion*, cuyo ancho territorio está circunscrito, porque la misma naturaleza le ha puesto límite.

»Habeis hecho más. Las dos partes mas hermosas de la Europa, tan célebres en otro tiempo por las artes, ciencias y génios de que fueron cuna, ven con la mayor esperanza salir de la tumba de sus mayores el genio de la libertad.

»Son dos pedestales, en que el destino va á apoyar dos poderosas naciones.

»Tengo el honor de entregaros el tratado firmado en Campo-Formio y ratificado por S. M. el emperador.

»La paz asegura la libertad, la prosperidad y la gloria de la república.

»Cuando la felicidad del pueblo francés estribe en mejores leyes orgánicas, la Europa toda quedará libre.»

Apenas acabó este discurso cuando resonaron de nue-

vo los aplausos. Barrás, presidente del Directorio, respondió á Bonaparte, pero su discurso, pesado, difuso, é in-tempestivo, ensalzaba mucho la modestia y sencillez del héroe, y contenia un acertado homenaje á Hoche, el supuesto rival del vencedor de Italia.—«¿Por qué no está aqui Hoche, decia el presidente del Directorio, para ver y abrazar á su amigo?»—En efecto, Hoche habia defendido á Bonaparte con generoso ardor en el año último. Segun el nuevo impulso dado á los ánimos, Barrás proponia nuevos lauros al héroe, y le incitaba á conquistarlos en Inglaterra. Despues de estos tres discursos, se cantó en coro el himno de Chenier, acompañado de una magnífica orquesta. En seguida se acercaron dos generales conducidos por el ministro de la Guerra, el valiente Joubert, héroe del Tirol, y Andreossy, uno de los mas distinguidos oficiales de artillería. Se adelantaban llevando una admirable bandera, que era la que el Directorio acababa de dar al ejército de Italia al fin de la campaña, el nuevo oriflama de la república. Estaba llena de caracteres de oro, que decian lo siguiente:

*El ejército de Italia ha hecho ciento cincuenta mil prisioneros; ha ganado ciento setenta banderas, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas de campaña, cinco útiles de puentes, nueve navíos, doce fragatas, doce corbetas, y diez y ocho galeras.—Armisticios con los reyes de Cerdeña y Nápoles, con el papa y con los duques de Parma y Módena.—Preliminares de Leoben.—Convenio de Montebello con la república de Génova.—Tratados de paz de Tolentino y de Campo-Formio.—Libertad dada á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa-Carrara, Romania, Lombardia, Brescia, Bérgamo, Mántua, Cremona, parte del Veronés, Chiavenna, Bormio y la Valtelina;*

*á los pueblos de Génova, á los feudos imperiales, á los pueblos de los departamentos de Córcega, del mar Egeo é Itaca.—Remitidas á Paris las obras maestras de Miguel Angel, el Guerchino, el Ticiano, Pablo Veronés, el Correggio, Albano, los Carachas, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.—Triunfos en diez y ocho batallas campales, Montenotte, Millésimo, Mondovi, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano, Saint-Georges, Fontanaviva, Caldiero, Arcole, Rivoli, la Favorita, el Tagliamento, Tarwis y Newmarckt.—Sesenta y siete refriegas trabadas.*

Hablaron tambien á su vez Joubert y Andreossy, y recibieron una respuesta lisonjera del presidente del Directorio, y después fueron á recibir un abrazo suyo. En el momento en que Bonaparte recibió el de Barrás, se precipitaron tambien en sus brazos los otros cuatro directores, como por un movimiento involuntario, y resonó el aire con aclamaciones unánimes. El pueblo agolpado en las calles inmediatas no cesaba de gritar, asi como de retumbar la artillería, hallándose todos los ánimos enagenados. Hé aqui cómo la Francia se arrojó en los brazos de un hombre extraordinario. No culpemos la debilidad de nuestros padres, porque si todavía nos trasporta de gozo aquella gloria, que no ha llegado á nosotros sino por entre las nubes del triunfo y de las desgracias, repitamos con Eschilo: «¿Qué seria si hubiésemos visto al mónstruo mismo (1)?»

(1) Thiers, Révoluton, tom. V. cap. 41.